

MELINDRES

de Juan Pablo Heras

(Mujer. Entre 60 y 70 años.)

SU MADRE: No me mires así y cómetelo. El huevo está justo como a ti te gusta. Venga. Cómetelo ahora. Antes de que lleguen. ¿Verdad que está bueno? Seguro que lo has echado de menos. Ella lo hacía, claro, pero de otra manera. Me lo imagino. Pero, mira, yo hice lo que pude. Se lo dije cuando os fuisteis a vivir juntos. Para contar el tiempo que requiere un buen huevo pasado por agua, hay que rezar dos padrenuestros. No te rías. A mí, mi suegra, o sea, tu abuela, me enseñó a medir los minutos con padrenuestros. Y no se me olvidó. Así durante años y años. Tu padre no tuvo queja ninguna. Nunca. De otra cosa, puede, pero de los huevos pasados por agua no.

Eso es.

Me gusta verte comer. Que cojas fuerzas. Te hará falta. Allí tendrás que defenderte, porque ya no te valdrán los melindres. Sí, no me mires así. He dicho “melindres”. Hay que tener un poco más de aguante. Sí, de aguante. Es que a la mínima saltas, y un hombre tiene que tener temple. A lo mejor te lo tenía que haber dicho antes y ahora no estarías en este lío. No me mires así y come. Si te lo digo ahora es porque te has vaciado de fuerzas y te diga lo que te diga te quedas quietecito. Es que, si no, no se puede hablar contigo. Claro, que, a partir de ahora, mucho, mucho, no podremos hablar.

No llores, hijo.

No te niego el abrazo, no. Pero es que no hay tiempo que perder: lo que importa ahora es que comas. Quién sabe si no te pondrán a pan y agua o algo así. Claro que a muchos les sueltan a los dos días, pero para eso hay que tener un enchufe como un camión de mercancías, y como tú estabas todo el tiempo que solo veías por ella se te olvidó hacer relaciones. No me mires así. Todo el tiempo pensando en dónde estaba y con quién y no sé qué más. Los sesos absorbidos. Tu padre no era así. A tu padre no se le olvidaba llamar a la gente para recordarle los favores. Claro, que por mi parte no tenía reparo, porque yo de aquí no me movía. Menos dolores de cabeza. Para él y para mí. Pero los tiempos cambian, concho. Por ejemplo, ¿verdad que los huevos ya no son como antes? Es que nada es como antes, y las mujeres tampoco. Y tú no lo entiendes.

Si te acabas el huevo pronto, a lo mejor puedes echar un poco de siesta.

Claro, que igual no tienes sueño. Es normal. ¿Sabes?, si tu padre pidió perdón alguna vez fue tras una noche en vela. Eso sí, yo ahí al lado, con los ojos y los oídos bien abiertos. Escuchar una disculpa suya era como encontrar un tesoro. Y más valía perdonar, que si no era peor. Peor. Tú, en cambio, ya puedes dormir a pierna suelta. Sí, sí, no me mires así: a pierna suelta. ¿Qué ganas recordando lo que ya no tiene remedio? Pero no. Como eres tan bobo, se te pasarán las horas escuchando los crujidos de la madera; y mascullarás mil disculpas de madrugada. Disculpas al aire.

No llores.

Te lo diré ahora, porque luego yo no sé cuándo volveremos a hablar. Yo te eduqué y te alimenté de mis pechos para que fueras fuerte. Si en casa quieres orden, si en casa quieres silencio, solo tenías que mirar. Mirar. ¿Me entiendes? Decirlo todo con los ojos. Y los gritos y los puños bien guardados. Reservados para cuando de verdad hagan falta. Pero, claro, tú no aguantas y a la mínima se te van las manos. Y, claro, esto tenía que pasar. Eso es lo que quería decirte. Que eres un inútil.

¿Estás llorando? No me lo puedo creer. ¿Detrás de esas manazas, detrás de esos dedos de gigante hay ojitos de bebé?

Se te va a enfriar. Acábatelo, que ya vienen. Apréndete el sabor de memoria para cuando te venza la angustia.

Ya están aquí. Prepárate. Límpiase los morros. Ve al baño, que no sé cuándo podrás volver. Lávate los dientes. Te he preparado un neceser. No te lo olvides. Al salir, coge aire. Llénate los pulmones. La cabeza, alta.

Que no se diga.